



El enfermo como principal tú del enfermero

Carmen Herrando, Profesora de la Universidad de San Jorge. Zaragoza

La asignatura de *Ética* que imparto en el Grado en Enfermería, en la Universidad San Jorge, se centra sobre todo en la presentación de la *Ética* como una disciplina que conduce a preguntarse por la propia vida, tratando de enfocar los contenidos de ésta hacia la *vida buena*. Es un planteamiento que pretende ver la centralidad del quehacer ético de vivir la propia vida (a nadie se nos da hecha la vida, como hace ver Ortega y Gasset), y hacerlo sobre todo como el descubrimiento de la vocación personal, es decir, como la respuesta a la llamada que impele a cada persona a tratar de ser la persona que está llamada a ser. Pero sin olvidar la vocación profesional, en este caso la de ejercer la Enfermería, una profesión que se basa principalmente en el cultivo de los valores del acompañamiento y el cuidado.

Cuidado y **acompañamiento** son valores esenciales de la Enfermería. Cuidar y acompañar, acompañar y cuidar. Es uno de los contenidos principales del curso. Hace veinte años, un eminente médico aragonés, don Pedro Laín Entralgo se refería en un artículo a “Dos profetas” (este era el título del artículo). Estos dos profetas eran un filósofo -uno de los “maestros de la sospecha”: F. Nietzsche- y un escritor -Goethe-; dos alemanes que ya en el siglo XIX llegaron a anunciar que «los trabajos y los días de los siglos futuros estarían administrados por la actividad de cuidadores y dispenseros», algo así como si la última conclusión de la sabiduría quedase recogida en la sencilla idea de que cada hombre es como el enfermero de su prójimo¹.

Desde la *Ética* o Filosofía moral, subrayamos en primer lugar la importancia de la vida, considerándola ante todo como el principal quehacer del ser humano, como bien muestra Ortega. Esta tarea vital la descubrimos al indagar en la necesidad y el deber de vivir la vida propia, porque no podemos vivir en lugar de nadie. Tal concepción del vivir la planteamos presentando la vida ética como la elaboración paulatina y cotidiana de la propia *personalidad moral*, para usar el concepto que desarrolló José Luis L. Aranguren, quien sostenía que todo ser humano tiene una estructura moral, dada su realidad de persona. Por eso, el de la persona es un tema central en la asignatura, y en este punto nos adentramos en la idea de persona que presenta Emmanuel Mounier (1905-1950). Mounier considera que, a pesar de que las personas somos indefinibles de manera particular porque somos realidades abiertas (abiertas a nuestra propia intimidad, a los demás, al mundo, y a la Persona con mayúsculas), se puede dar esta definición global de *persona* (en su *Manifiesto al servicio del personalismo*):

Una persona es un ser espiritual, constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esa subsistencia e independencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores, libremente adoptados, asimilados y vividos, en un

¹ Cfr. A. Domingo Moratalla, *El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder*, Rialp, Madrid, 2013, p. 11.

compromiso responsable y en una constante conversión. Unifica así toda su actividad en la libertad y, por añadidura, a impulsos de actos creadores, desarrolla la singularidad de su vocación.

Emmanuel Mounier rehabilitó la noción de *persona* en el periodo convulso de los años treinta, en medio de una crisis de civilización muy parecida a la que vivimos hoy. Como explica este filósofo personalista, la persona es capaz de “salir de sí misma”, capaz de “comprender”, de asumir o “tomar sobre sí misma”, de “dar” -y, sobre todo, de darse-, y de “ser fiel”. Cinco pasos esenciales para ir hacia el otro, que pueden servirnos como profesionales cristianos de la salud. Tenemos, así, que ser capaces de salir de nosotros mismos, de comprender, de tomar sobre nosotros, de darnos, de ser fieles... Estos cinco puntos, esenciales en la relación interpersonal, se reproducen en la relación del profesional de la salud con el enfermo. Cuanto más los encarnemos en nuestras vidas, mejor personas y mejores sanitarios seremos. Cuanto más asumamos la realidad del carácter personal de nuestro ser, mejor sentiremos y viviremos como seres humanos auténticos. Y todo esto, teniendo presente siempre que el enfermo, por muy deshecho que esté, por muy afectado, por muy vulnerable que sea -y mucho más precisamente cuanto más deshecho, más afectado y más vulnerable-, requiere de la disposición y de la atención solícita del sanitario que está a su servicio.

Siguiendo el ejemplo que el filósofo judío Martín Buber ofrece en su precioso libro *Yo y tú*, subraya Mounier la importancia del otro. Y destaca que la persona se reconoce *yo* sobre todo y antes que nada en el *tú*, como sucede, por ejemplo, en la relación del niño con su madre: descubre su *yo* a partir del *tú* que es su madre; todos descubrimos antes el *tú*, en este sentido.

Por eso, la relación interpersonal es ejemplar para que el sanitario reconozca al enfermo como su principal *tú*, como su “*tú*” de referencia, su “*tú*” por excelencia. Subrayar esto significa volver a lo más esencial de la relación interpersonal, la relación “*yo-tú*”, de la que el citado pensador judío afirma que es el acontecimiento fontanal de la vida humana: “Toda vida verdadera –escribe– es encuentro” ... “El *tú* me sale al encuentro por gracia”². Buber viene a afirmar que el encuentro con un *tú* es fuente para el *yo*, y que “el espíritu no está en el *Yo*, sino entre *Yo* y *Tú*”³. Así, el acontecimiento básico no es la proclamación del “*yo*”, como lo ha querido toda la filosofía “egológica” desde Descartes, tampoco la exaltación del “*tú*” -aunque aquí el *tú* (el enfermo como *tú*) sea nuestro referente principal-, sino la relación *yo-tú*, en la que lo central es la tensión que se establece entre los dos polos; en esto consiste esencialmente la dinámica del encuentro. Por eso dirá Buber que “*Yo-tú*” es una *palabra básica*, porque es una palabra que se pronuncia desde el ser y funda un modo de existencia: la existencia personal. Pero por la especial vulnerabilidad del enfermo, será él quien deba estar en el centro de la relación interpersonal, sin dejar de tener en cuenta las enseñanzas del sabio judío.

En este encuentro personal, al considerar al otro como persona, cada uno de los que se relacionan quiere que el otro llegue a ser quien está llamado a ser. También habrá de ser así en la relación entre sanitario y paciente, en la que cada cual ofrece su riqueza personal: el primero, sus cualidades, su tiempo, sus conocimientos, su ser... Pero también el enfermo, que es, en esta relación, el primer interlocutor y el centro. Por eso la atención al *tú* que es el enfermo ha de ser una atención plena... O ha de tender a ello; y en este sentido está llamada a ser atención creadora, al modo en que lo expresa la filósofa francesa Simone Weil.

La atención creadora consiste en prestar atención a algo que no existe. La humanidad no existe en la carne anónima e inerte al borde del camino. El samaritano que se detiene y

² Martin Buber, *Yo y tú*, Caparrós, Madrid, 1993, traducción de Carlos Díaz, p. 13.

³ *Ibid.*, p. 34.

mira presta sin embargo atención a esa humanidad ausente, y los actos que se suceden a continuación dan testimonio de que se trata de una atención real ⁴.

Esta pensadora francesa, que procedía de un agnosticismo severo, a fuerza de cultivar la compasión y mirar con ojos atentos a los más desfavorecidos, llegó a la fe (una fe *sui generis*, es cierto); tanto, que estas palabras escritas al final de su breve vida y dirigidas a un amigo dominico hablan por ellas mismas de su honda experiencia espiritual:

No tengo necesidad de ninguna esperanza, de ninguna promesa, para creer que Dios es rico en misericordia. Conozco esa riqueza con la certeza de la experiencia, yo misma la he tocado. Lo que de ella conozco por contacto sobrepasa de tal modo mi capacidad de comprensión y gratitud que ni la misma promesa de felicidades futuras añadiría gran cosa al significado que para mí tiene, de la misma forma que para la inteligencia humana la adición de dos infinitos no es una adición ⁵.

Y porque entendió magníficamente la misericordia, quiso fundar un cuerpo de enfermeras para atender a los heridos en primera línea de fuego durante la guerra. Ella quería estar ahí la primera de todos, pero la tuberculosis se la llevó con sólo 34 años en agosto de 1943.

Simone Weil afirmará al final de su vida que todo ser humano tiene un fondo sagrado; sostuvo con gran tenacidad que era capital que la Europa de después de la Segunda Guerra Mundial entendiese esto, o, de lo contrario, estaría perdida.

Transmitir la idea realísima del fondo sagrado de todo ser humano es hoy un reto real en el aula. En este sentido, es capital la noción de *dignidad*, que hace ver que no hay personas de primera, de segunda, de tercera..., debido precisamente a este carácter sagrado del hombre. La historia misma nos enseña que cuando se establecen categorías entre las personas, a los de tercera se les arrincona, y cuando es posible, son exterminados.

La dignidad es el concepto sobre el que pivota la bioética que vemos en el curso, pero al tratarse del primer curso del Grado (no ha habido forma de modificar el plan de estudios para poner la asignatura en un curso superior), se puede decir que sólo introducimos a la bioética, tratando de despertar en los alumnos una inquietud por las grandes preguntas que surgen en este terreno delicado y cada vez más urgente.

Experiencia presentada en las XX Jornadas Nacionales de PROSAC. Tarazona, 21-23 de abril de 2017

⁴ Simone Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p. 93.

⁵ *Ibid.*, p. 55.